

SACRIFICIOS HUMANOS PREHISPÁNICOS EN UN SITIO DE LA CUENCA DE MÉXICO: XICO, LA ISLA DE LOS BRUJOS Y AGOREROS

Silvia Murillo Rodríguez¹ y María Teresa Jaén Esquivel²

¹*Centro INAH Estado de México*

²*Dirección de Antropología Física, Instituto Nacional de Antropología e Historia*

RESUMEN

Al sureste de la cuenca de México, en lo que antiguamente fue una isla, se encuentra el sitio Xico. En este lugar se localizó un antiguo centro de culto, el cual estaba conformado por dos taludes paralelos y por una pequeña explanada, en cuyo interior se localizaron 17 enterramientos humanos y cuatro cráneos-ofrenda. El análisis biocultural del contexto funerario permitió identificar que en este lugar, hacia los años 100 aC al 100 dC, se efectuó un ritual muy elaborado que involucró el sacrificio humano de varios sujetos y que parece haber sido motivado por la fuerte actividad volcánica del Popocatepetl.

PALABRAS CLAVE: sacrificios humanos, tafonomía cultural, periodo prehispánico, México.

ABSTRACT

In a Mexican prehispanic site known as Xico located at the southeast of the basing of Mexico, archaeologist found a ceremonial place with evidences of human sacrifice. This event was very complicated as it evident from the presence of 17 burials and four decapitated skulls, used as offerings. This sacrifice is placed between 100 b.C. to 100 a.C. and probably the individuals were killed in honor of the sacred mountain Popocatepetl.

KEY WORDS: human sacrifice, cultural taphonomy, prehispanic period, Mexico.

INTRODUCCIÓN

El sacrificio humano fue una práctica cultural que tuvo una amplia difusión a nivel mundial y sus arranques pueden situarse desde épocas remotas. En el continente americano también fue una costumbre común y existen claras evidencias de ella, pese a esto, en el pasado fue motivo de muchas controversias, pues mientras hubo quienes consideraron que tales actos eran prueba del estado incivilizado en el que vivían los pueblos que las efectuaban, para otros esta costumbre se debió a la falta de proteínas en la dieta; algunos la vieron como una página negra en la historia de sus pueblos y evitaban hablar de ella, en tanto que otros negaron que alguna vez hubiera existido.

En la actualidad estos tópicos ya no son objeto de discusión, en virtud de que contamos con más y mejores elementos técnicos para conocer el tipo de manipulación *perimortem* que recibió el cuerpo de un sujeto fallecido. Además, los datos sobre el lugar de procedencia y la cronología exacta de un hallazgo permiten situarlo en espacio y tiempo. Esta información también puede ser enriquecida a través de las evidencias escritas dejadas por los cronistas de los siglos XVI y XVII, así como por las magníficas representaciones en códices, vasijas, pinturas murales y grabados en piedra, que sin duda alguna muestran la existencia del sacrificio humano.

Dichas evidencias, de carácter arqueológico, osteológico y documental, muestran que este tipo de práctica estuvo presente en casi todo el territorio mesoamericano durante la época prehispánica. Su inicio se remonta a épocas bastantes antiguas, de tal forma que sus huellas se perciben desde el horizonte Formativo, aunque en el Clásico y Posclásico, según parece, alcanza su máximo auge y sofisticación, especialmente entre los mexicas.

La evidencia recopilada hasta ahora muestra que los rituales que acompañaron la práctica del sacrificio humano fueron extremadamente complejos, pues existían lugares específicos para realizarlos, momentos para llevarlos a cabo, personal especializado abocado a ello, además de una cuidadosa selección de las víctimas, conforme a las características del propio ritual. A través del estudio de un contexto arqueológico que data de finales del periodo Formativo, se pudo observar que las características antes mencionadas ya estaban presentes en lo que fue una antigua isla ubicada al sureste de la cuenca de México.

El sitio en cuestión se llama Xico y se ubica entre los actuales municipios de Chalco de Díaz Covarrubias y Chalco-Solidaridad, en el Estado de México. En este lugar, sobre la ladera oriental del cerro La Mesa, se localizó un área de vestigios arqueológicos donde se encontró una serie de restos arquitectónicos que corresponden a un antiguo centro de culto (Castillo y Aranda, 1992). Esta área ceremonial fue llamada "El Naranja A" y estaba conformada por dos taludes paralelos y por una pequeña explanada, en cuyo interior se localizaron 17 enterramientos humanos y cuatro cráneos-ofrenda¹ (figura 1).

La presencia de estos entierros dentro de un recinto ceremonial, las particulares características que presentaban algunos de los esqueletos y los peculiares rasgos de su ofrenda, mostraron que en este lugar, entre los años 100 aC al 100 dC, se efectuó un acto ritual sumamente elaborado que incluyó la práctica de sacrificios humanos y que por lo menos en dos ocasiones más se realizaron otras inhumaciones en este mismo lugar (100-200 dC y 200-300 dC). A continuación se hace un breve resumen de las características de este hallazgo, sobre los restos y el sitio del descubrimiento.

EL SITIO DEL HALLAZGO

Xico fue una de las varias islas que se encontraban rodeadas por las otrora cristalinas aguas del lago de Chalco. Su nombre se deriva de las palabras *xictli* que significa ombligo y *co* que se traduce en, esto es, en el ombligo, debido principalmente a la apariencia umbilical que presenta uno de sus dos conos volcánicos (Robelo, 1974: 231). Aunque también se ha sugerido que el significado de Xico va más allá de la simple asociación entre la forma redondeada del cerro y su nombre, su carácter de isla en un sitio tan estratégico parece haberla convertido en el centro de la tierra o en el ombligo del mundo.²

La estratégica ubicación de la isla de Xico y su enorme riqueza ecológica hicieron del lugar un sitio perfecto para el surgimiento de

¹ Éste es el número de los restos esqueléticos que pudieron ser detectados a través de los trabajos arqueológicos, pero se sospecha que todavía quedan más a la espera de ser excavados.

² Taller de cosmovisión a cargo de Johanna Broda, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

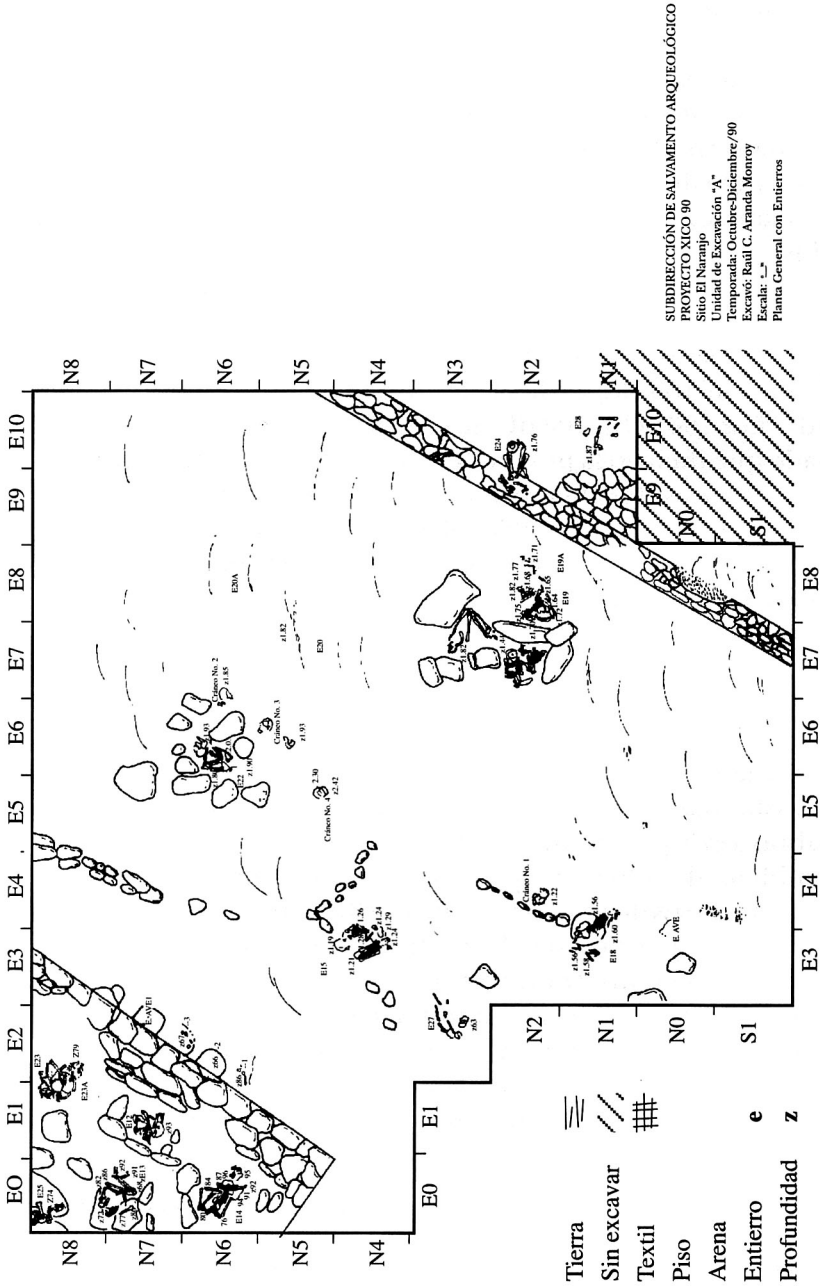


Figura 1. Plano general de excavación del área El Naranjo A (elaborado por Aranda y Castillo).

una floreciente cultura, la cual se desarrolló desde el Formativo medio hasta el Posclásico temprano (800 aC-1200 dC) (Murillo, 1996). Sus antiguos habitantes alcanzaron un alto desarrollo cultural y tecnológico, demostrados en sus trabajos de chinampas y sus amplios conocimientos hidráulicos, que posteriormente heredarían a los xochimilcas y texcocanos (Palerm, 1973: 108; Armillas, 1976, *cfr.* García Mora, 1981: 64; Ixtlilxóchitl, 1985: 26).

Según Castillo y Aranda (1992: 230), quienes tuvieron a cargo los trabajos de excavación, el hallazgo se sitúa entre los horizontes Formativo tardío y Clásico temprano. Por las evidencias arqueológicas pudieron inferir que esta área fue un centro de culto. Según parece, dicha función se conservó a través del tiempo, pues la ocupación del lugar se extendió por más de 500 años y alcanzó su mayor auge a partir del año 0 hasta el 300 dC³ (Castillo y Aranda, 1992; Aranda, 1997; Murillo, 1996; Aranda, comunicación personal).

EL PATRÓN FUNERARIO

De los 17 entierros inhumados en el área, 13 son primarios y cuatro secundarios, además de cuatro cráneos-ofrenda. El número de personas que conforma estos entierros es mayor, debido a que diez de éstos son colectivos y siete individuales, con un total de 36 individuos.

La mayoría de estos esqueletos correspondía a sujetos de ambos sexos, aunque hay predominancia del sexo masculino y sus edades correspondían a adultos en distintas etapas, preferentemente adultos jóvenes. Un rasgo notable de algunos de estos entierros es su asociación con restos óseos de infante, con dientes humanos deciduales colocados a su alrededor, así como con numerosos huesos de animales pertenecientes a distintas especies autóctonas y alóctonas, las cuales estaban vinculadas con la cosmovisión mesoamericana, según se pudo determinar a través del análisis arqueozoológico (Murillo, 1996).

³ Es probable que la ocupación se haya extendido por mucho más tiempo, sin embargo, como el área fue arrasada debido a la extracción de arena y piedra no se pudo constatar esto. La principal evidencia que nos indicaba la continuidad del asentamiento fue el corte estratigráfico dejado en el perfil del cerro.

La mayoría de estos individuos fueron colocados en posición sedente y “miraban” hacia el este (figuras 2 y 3), aunque también los había en decúbito lateral flexionado derecho e izquierdo, así como en forma ventral, y estaban orientados hacia distintos puntos inter-solsticiales. Estas modalidades de entierro indican que los cuerpos se prepararon como bultos funerarios antes de alcanzar el *rigor mortis*, y la orientación debió corresponder a puntos específicos de su paisaje sagrado.

También se encontraron evidencias de que el área de enterramiento se preparó para contener los cuerpos, pues en el interior de las fosas había lajas de basalto que estaban acomodadas alrededor de los cuerpos (figuras 2 y 3). Este mismo patrón se observó en el interior de los dos taludes y en el centro de la plaza, la cual estaba delimitada por los mismos. Es interesante anotar la presencia de una capa de materia vegetal sobre la que colocaron uno de los cuerpos, la cual mostraba trazos de haber sido tejida, posiblemente se trate de un petate (figura 3). El patrón funerario predominante en este sitio fue: entierros indirectos colocados en el interior de fosas, con lajas acomodadas, con los esqueletos en posición sedente y “mirando” al este.

Es probable que el número de personas que fueron inhumadas hacia ambos lados de los taludes haya sido el mismo. Esta aseveración obedece a que en otros contextos ceremoniales, como en los entierros del Templo de Quetzalcóatl, en Teotihuacan, y que corresponde a la misma temporalidad, los individuos se colocaron a cada lado de las estructuras, siguiendo un patrón simétrico (Murillo, 1986, inédito; González, 1998: 6-7). Por ello se considera que lo mismo pudo ocurrir en Xico, pero lamentablemente, por diversas circunstancias, no se exploró en su totalidad esta área, para corroborar lo antes expresado.

De todas las ofrendas sobresalen las cuentas de piedra, las navajillas de obsidiana, así como los restos de fauna y flora. Las navajillas se elaboraron con obsidiana gris y verde, no tenían huellas de uso y sus dimensiones iban desde los 9 hasta los 15 cm; generalmente estaban ubicadas a la altura del cuello, en el lado derecho y asociadas con entierros de adultos, principalmente del sexo masculino. Las cuentas de forma esférica y tubular, con perforación central, se encontraron alrededor de la mandíbula o del tórax, la mayoría se elaboraron con



Figura 2. Entierro colocado en el interior del talud Oeste y rodeado de piedras (fotografía, Salvador Pulido).



Figura 3. Entierro colocado sobre un posible petate en posición sedente y orientado al este (fotografía, Salvador Pulido).

piedra verde. Algunas de ellas evidentemente formaban parte de collares, mientras que otras estaban en la cavidad bucal, como parte del ajuar funerario.⁴

El ajuar funerario también consistió en varios utensilios domésticos de cerámica, como vasijas, cajetes, ollas y platos de tamaño normal y miniaturas. Instrumentos de trabajo como pulidores para cerámica, pesas para redes, municiones para cerbatana, metates y manos de metate (impregnadas con restos de pigmentos), así como raspadores y punzones de hueso. Los principales ornamentos encontrados consistieron en orejeras y collares, especialmente manufacturados con las espículas de un bivalvo procedente del océano Pacífico (*Spondylus princeps*). Otro tipo de objetos fueron pintaderas, fragmentos de mica, figurillas antropomorfas y zoomorfas; restos de cal, residuos de pigmentos de color rojo, azul y ocre (Castillo y Aranda, 1992: 235-236).

Esta ofrenda indica la presencia de comercio o intercambio con zonas muy lejanas, también muestra la existencia entre esta población de diversas actividades ocupacionales, como la caza, pesca, alfarería, cestería y lapidaria, por mencionar algunas. Además, el número y la calidad de las ofrendas señalan claras diferencias sociales, inclusive dentro de un mismo estrato.

La ofrenda funeraria de los entierros también consistió en cuerpos completos o segmentos corporales de fauna, pertenecientes a moluscos, peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos, tanto de procedencia local como alóctona, que se colocaron alrededor de los cuerpos humanos. Destaca la presencia de tres entierros de guajolotes puestos como ofrenda de construcción. El fuerte simbolismo mágico-religioso que tenían muchas de estas especies y su ubicación en el interior de un recinto ceremonial, muestran que en el evento no solamente se sacrificaron seres humanos, sino también animales, o bien se ofrendaron porciones de ellos (Murillo, 1996).

⁴ La colocación de una cuenta en el interior de la boca de los difuntos es una costumbre mencionada en algunas fuentes documentales, como el *Códice Florentino* (1979, tomo I, apéndice libro 3ro, f. 27), así como en algunas crónicas como la de Sahagún (1992: 207). El significado que tuvieron dichas cuentas es muy variable, algunos las consideran como amuletos para que los muertos viajaran sin contratiempo al más allá, otros las relacionan con el corazón del difunto e inclusive como símbolo de riqueza y fertilidad agrícola (Romano, 1987: 103; Sahagún, 1992: 207; Soustelle, 1992: 97, 137, 138, 141, 142).

El análisis del material asociado con los entierros permitió valorar que las inhumaciones se realizaron en tres distintos momentos: 12 entierros y cuatro cráneos-ofrenda durante la fase Tzacualli (100 aC-100 dC), tres entierros en la fase Miccaotli (100-200 dC) y dos entierros más que corresponden a la fase Tlamimilolpan (200-300 dC). Esto indica una continuidad de la sacralidad del lugar a través del tiempo.

ANÁLISIS OSTEOLÓGICO

El rango de edad de los sujetos inhumados en este lugar se ubica entre los 18 y 55 años, no obstante hay algunos restos de infante (principalmente de primera infancia). Aunque se encontraron individuos de ambos sexos, predominaron los restos masculinos.

En cuanto a sus condiciones de vida, se observó que estos individuos padecieron enfermedades de carácter infeccioso (en distintos grados), alteraciones osteoarticulares, problemas nutricionales, así como diversas patologías bucales. Por otra parte, en múltiples huesos se detectaron huellas de fuerte actividad laboral, tanto en hombres como en mujeres. Esto indica que posiblemente los sujetos seleccionados para el sacrificio no procedían de una clase social alta, sino más bien de un estrato que desempeñaba múltiples trabajos de subsistencia. No fue posible determinar si eran originarios de este lugar o fueron traídos de otros pueblos.

El análisis tafonómico mostró que varios de los restos óseos presentaban claras huellas de exposición al fuego, aunque no eran muy intensas y por lo tanto no se destruyó el material óseo ni se alteró la posición anatómica del cuerpo. Por tales características se pudo determinar que los cadáveres debieron haber sido sometidos a la acción del fuego, de forma ligera y por poco tiempo, a una temperatura cuyo rango podría haber oscilado entre los 300° y 400° C ⁵ (Etxeberría, 1994: 113; Gómez, 1996: 62; Mayne, 1997: 275).

⁵ Un cadáver expuesto al fuego a una temperatura de 300° C, durante 15 minutos, experimenta la combustión de las partes blandas (masas musculares, periostio y médula) y sus huesos llegan a ennegrecerse en alguno de los bordes, sin que se produzcan alteraciones en la forma ni en el tamaño y tampoco hay fragmentación. Es decir, que el hueso no experimenta modificaciones que se aprecien macroscó-

Este tipo de acciones no eran raras durante la época prehispánica y existen diversas menciones sobre este particular, como la de Jacinto de la Serna *et al.* (1953: 65, 81, 82), quien menciona que los cadáveres se colocaban sobre áreas de fuego, con el propósito de darles calor, así que es probable que estos entierros hayan sido sometidos a ese tratamiento. La presencia de este comportamiento en un recinto ceremonial tampoco es fortuita, pues se sabe que el fuego era un elemento purificador y transformador de todo lo existente, capaz de separar los componentes del cuerpo y romper las barreras que separan el mundo de los mortales y el de los dioses (López Austin, 1980: 370).

Otra práctica que pudo ser evidenciada en este material fue el desmembramiento corporal, el cual consistió básicamente en retirar ciertos segmentos anatómicos, como la cabeza o los miembros, tanto superiores como inferiores, el cual fue realizado cuando el cuerpo todavía tenía partes blandas (figuras 2 y 4). Esto se percibió claramente en algunos casos por la presencia de huellas de corte; en otros, la existencia como conjunto de cráneo, mandíbula y primeras vértebras cervicales articulados.

El empleo de ciertos segmentos corporales como trofeo, amuleto o reliquia, se debía a que eran elementos que desde el punto de vista de la cosmovisión mesoamericana poseían un valor muy especial. Lo antes expresado se puso de manifiesto en un osario conformado por huesos humanos pertenecientes a sujetos infantiles, adolescentes y adultos, a los que se les colocó, a manera de ofrenda, figuritas antropomorfas, las cuales se sometieron a un desmembramiento de tipo ritual. Este tipo de evidencias sirven para mostrar que una vez efectuado el ritual de sacrificio, el cual implicaba el desmembramiento o destazamiento, los despojos que quedaban se depositaban en sitios específicos.

También se detectaron huellas de desollamiento en los cráneos-ofrenda; éstas consistieron en numerosas incisiones paralelas, muy finas, a lo largo de la sutura sagital. A juzgar por el tipo de intervención

picamente. A una temperatura de 400° C, durante el mismo tiempo, el hueso fresco alcanza la carbonización, la cual se caracteriza por una coloración totalmente negra y con grietas. En este caso la carbonización ocurre lentamente y no se observan agrietamientos en la superficie (Etxeberría, 1994: 113; Gómez, 1996: 62; Mayne, 1997: 275).

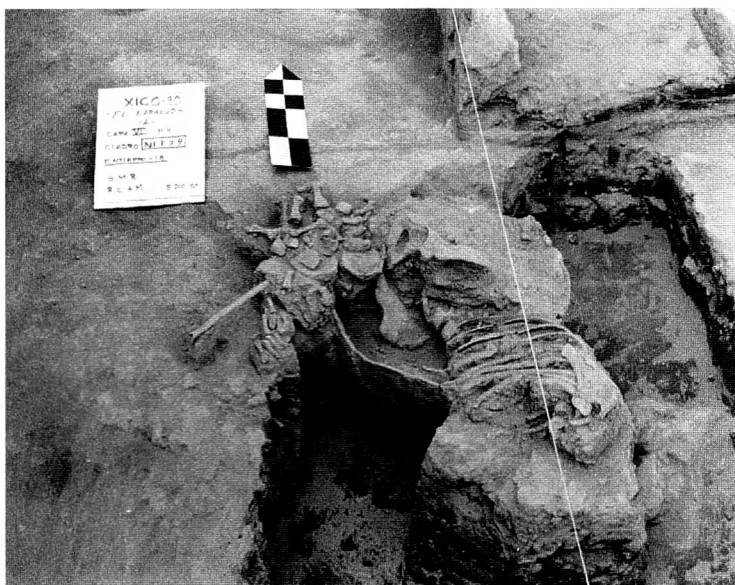


Figura 4. Entierro de una mujer adulta con huellas de desmembramiento colocada sobre una gran olla (fotografía, Salvador Pulido).

practicada lo que se deseaba era obtener toda la piel en buenas condiciones, tal vez para usarla como máscara ⁶ (figura 5) en algún tipo de ceremonia. En varios de estos cráneos-ofrenda se encontró también una serie de pequeños cortes sobre el frontal, que quizás podrían corresponder a la práctica antes referida o tal vez al escalpelamiento.

SACRIFICIOS HUMANOS EN LA ISLA DE LOS BRUJOS Y AGOREROS

Según muestran algunas fuentes documentales, los antiguos habitantes de la isla de Xico tenían fama de ser “grandes agoreros y hechiceros” y poseían muchos conocimientos en las artes de la bru-

⁶ Diego Durán (1984: 96, 97, 139, 140, 144, 146, 155 tomo I) menciona que entre los mexicas el cuerpo entero del individuo sacrificado se desollaba completamente, “desde el colodrillo hasta el calcañar” y también relata que las víctimas que eran desolladas podían ser hombres o mujeres, jóvenes y adultos, pero según parece nunca infantiles.



Figura 5. Cráneo de adulto con una serie de cortes sobre la sutura sagital que indican desollamiento (fotografía, S.M.R.).

jería, de tal forma que podían tomar el disfraz de Quiyáhuítl, lluvia y jaguar. A sus habitantes, los xochmecas, quiyahuiztecas y cocolcas, se les conocía como “brujos llovedizos que podían provocar a voluntad la lluvia; eran brujos nahuales, y gentes muy carniceras” (Chimalpahin, 1965: 77, 155).

¿Realmente Xico fue habitado por brujos y agoreros o es que el cronista exageró en sus impresiones? Resultó de mucho interés observar que varias figurillas de barro, encontradas como ofrenda funeraria y en distintas partes del centro ceremonial, representaban a individuos masculinos, con atuendos que sugieren que se trataba de chamanes o brujos (Castillo y Aranda, 1992: 235-236), lo cual nos hace suponer que este tipo de personajes no eran desconocidos en este grupo y es bastante probable que sí hayan existido. Con esto no se quiere decir que todos los habitantes de Xico se hayan dedicado a tal actividad, más bien indica que un sector de esta población la realizaba con gran éxito, al grado de inspirar sumo respeto a sus vecinos.

Esto manifiesta también que en este lugar ya existía una clara división del trabajo y una cierta estratificación social, por lo que un grupo de gente especializada era la encargada de llevar a la práctica rituales muy elaborados que involucraron el sacrificio humano. Los brujos, hechiceros y/o chamanes debieron ocupar un lugar preponderante en este grupo, como manifiesta la referencia de Chimalpahin.

Este hallazgo también indica que desde el Formativo en esta isla existía un área específica destinada a efectuar ceremonias religiosas sumamente complejas, que estuvieron acompañadas por el sacrificio humano y de animales. En el caso del presente hallazgo, los individuos seleccionados fueron principalmente jóvenes de ambos sexos, aunque predominantemente del masculino, lo cual seguramente debió estar relacionado con el tipo de ritual que se efectuó. La sacralidad del recinto ceremonial se conservó, al grado de seguirse utilizando a través de las siguientes fases ocupacionales del sitio.

¿Por qué dice Chimalpahin (*op. cit.*) que eran “gentes muy carniceras”? Quizás este cronista haya tenido informes de que los antiguos habitantes de Xico efectuaron rituales que implicaban sacrificios y por su formación cultural y religiosa debió considerar que tal costumbre era propia de gente poco civilizada y por lo mismo carnicera.

La construcción donde se localizaron los entierros posee características muy particulares, de hecho sigue un patrón típicamente mesoamericano. Estos rasgos consistían en la presencia de dos taludes encontrados (uno al este y otro al oeste), así como la colocación de cráneos-ofrenda en el centro de los mismos, lo cual indica que quizás se trate de un juego de pelota prehispánico (Aranda, comunicación personal). De ser así, entonces estaríamos ante una de las construcciones más antiguas de esta naturaleza y que también tuvo que ver con los sacrificios humanos.

Es también probable que los antiguos habitantes de Xico, al igual que otros pueblos del Formativo, hubieran tenido como actividad principal la agricultura, así que el ritual del sacrificio pudo estar relacionado directamente con ceremonias para propiciar la fertilidad de la tierra, de la que dependían para su supervivencia. La costumbre de enterrar los cuerpos directamente en la tierra tuvo tal vez por propósito el devolver al difunto a la “madre tierra” y así fecundarla nuevamente, acto mediante el cual ocurriría la transformación

de la muerte en fuerza vital y la conversión de la muerte en vida (Florescano, 1995: 19).

El ritual de sacrificio involucró un complejo manejo del cuerpo de los individuos, inclusive desde la manera como se les dio muerte. Se cree que las navajas de obsidiana que estaban asociadas con los entierros pudieron haber sido empleadas para degollarlos. Esto es interesante, pues el degollamiento fue una práctica empleada en el culto a las deidades de la lluvia y la fertilidad. Costumbre que los mexicas heredaron posteriormente (Broda, 1971).

El hecho de que los cuerpos de los sacrificados hayan sido inhumados en el interior del recinto ceremonial y especialmente dentro de los taludes, quizás tuvo el propósito de convertirlos en “el alma de dicha estructura”. Costumbre que ha sido reportada en diversas poblaciones mesoamericanas, tanto arqueológica como historiográficamente.⁷

La colocación del bulto mortuario hacia un determinado punto cardinal lleva implícito un aspecto ritual, pues el entorno en su cosmovisión era parte de un todo integrado y en equilibrio. En este caso la orientación de los cuerpos hacia el este no fue por casualidad, pues en esa dirección se ubica el volcán Popocatepetl, que desde tiempos antiguos ha sido reverenciado mediante diversos cultos, principalmente por los grupos que habitaron en sus alrededores. Según se sabe, esta veneración, en algunas ocasiones, llegó a manifestarse mediante la práctica de sacrificios humanos (Durán, 1984: 165, t. I).

Es importante señalar que a principios de nuestra era este volcán presentó una actividad tan fuerte que cubrió de material piroclástico varios pueblos aledaños, como Tetimpa, Puebla (Plunket y Uruñuela, 1998). Este suceso coincidió cronológicamente con el momento en el que ocurrieron los sacrificios humanos en Xico, por lo que suponemos que dicho ritual pudo ser motivado por el deseo de los antiguos pobladores de apaciguar la cólera de esta montaña-dios.

Por todo lo hasta aquí expresado podemos considerar que en el ritual efectuado en Xico intervino un complejo e integrado conjunto

⁷ Encontramos un ejemplo de esto último en el documento número 35 de la *Historia de la Nación Mexicana del año de 1576*, que pertenece a la colección de manuscritos mexicanos de la Bibliothèque Nationale de Paris, donde se menciona que los antiguos mexicanos tenían por costumbre enterrar un ser vivo o su corazón en el cimiento de una nueva construcción (García Payón, 1979: 127).

de elementos simbólicos, con carácter mágico-religioso, que involucró tanto la sacralidad de un espacio como fue el juego de pelota, como el culto a la fertilidad y la veneración a una montaña sagrada que para esos momentos estaba mostrando señales de su grandiosa fuerza y poder.

REFERENCIAS

ALVA IXTLIXÓCHITL, FERNANDO DE

1985 *Obras históricas*, UNAM, México.

ARANDA MONROY, RAÚL CARLOS

1997 El culto a los volcanes en el sur de la cuenca de México durante el Preclásico. Evidencias arqueológicas de Xico, Agripina García Díaz, Valentín Becerril Olivares, Ma. del Carmen Lechuga García y Francisco Rivas Castro (coords.), *Homenaje a la doctora Beatriz Barba de Piña Chan*, INAH, Colección Científica, 343: 205-210.

BRODA CASAS, JOHANNA

1971 Las fiestas aztecas de los dioses de la lluvia: una reconstrucción según las fuentes del siglo XVI, *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, separata del vol. 6: 245-327.

CASTILLO R., R. C. GUIZZELA, M. ARANDA

1992 Xico: Un sitio del Formativo Superior en Transición. Excavación del sitio El Naranja "A", municipio de Chalco, Estado de México, tesis, ENAH, México.

CÓDICE FLORENTINO

1979 Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana, facsímil, Secretaría de Gobernación, Casa Editorial Giunti Barbera, México.

CHIMALPAHIN Q., DOMINGO FRANCISCO DE SAN ANTÓN MUÑÓN

1965 *Relaciones Originales de Chalco-Amecameca*, paleografía, traducción e introducción de Silvia Rendón, Fondo de Cultura Económica, México.

DURÁN, FRAY DIEGO DE

- 1984 *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, Edición preparada por A. M. Garibay, tomos I y II, Editorial Porrúa, México.

ETXEBERRÍA, FRANCISCO

- 1994 Aspectos microscópicos del hueso sometido al fuego. Revisión de las cremaciones descritas en el país vasco desde la arqueología, *Munibe*, 46: 111-116, Sociedad de Ciencias Aranzadi, Donostia San Sebastián, España.

FLORESCANO, ENRIQUE

- 1995 *El mito de Quetzalcóatl*, México, Fondo de Cultura Económica.

GARCÍA MORA, CARLOS

- 1981 *Naturaleza y sociedad de Chalco-Amecameca*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

GARCÍA PAYÓN, JOSÉ

- 1979 *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlatzincas. Etnología y arqueología*, Textos de la 2da. parte revisados y anotados por Wanda Tommasi y Leonardo Manrique C., México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

GÓMEZ BELLARD, FRANCISCO

- 1996 El análisis antropológico de las cremaciones, *Homenaje al profesor Manuel Fernández Miranda*, t. II, Editorial M. Ángeles Querol y T. Chapa, Complutum Extra 6, Servicios de Publicaciones, Universidad Complutense, Madrid.

GONZÁLEZ SOBRINO, BLANCA ZOILA

- 1998 El cuerpo como vestigio biológico, simbólico y social. Víctimas sacrificadas en el templo de Quetzalcóatl en Teotihuacan, México, tesis de maestría, UNAM.

LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO

- 1980 *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, dos tomos, UNAM, México.

MAYNE CORREIA, PAMELA M.

- 1997 Fire modification of bone: a review of the literatur, W. D. Haglund y M. H. Sorg (eds.), *Forensic Thaphonomy. The postmortem fate of human remains*, CRC Press Inc., New York: 275-293.

MURILLO RODRÍGUEZ, SILVIA

- 1986 Hallazgo de enterramientos humanos en el costado norte del Templo de Quetzalcóatl, Informe mecanuscrito y notas de campo.
1996 Estudio osteológico de la población prehispánica de Xico, México: excavación, análisis e interpretación, tesis, ENAH, México.

PALERM, ÁNGEL

- 1973 *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle de México*, SEP-INAH, México.

PLUNKET, PATRICIA, GABRIELA URUÑUELA

- 1998 Preclassic household patterns preserved under volcanic ash at Tetimpa, Puebla, México, *Latin American Antiquity*, 9(4): 287-309.

ROBELO, CECILIO

- 1974 *Nombres geográficos indígenas del Estado de México*, Edición facsimilar, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

ROMANO PACHECO, ARTURO

- 1987 La ofrenda funeraria en Tlatilco, *Arte funerario*, Coloquio Internacional de Historia del Arte, Cuadernos de Historia del Arte, 41, vol. II, México, IIE-UNAM: 101-107.

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE

- 1992 *Historia general de las cosas de Nueva España*, Colección Sepan Cuantos, 300, Editorial Porrúa México.

SERNA, JACINTO DE LA, PEDRO DE PONCE, FRAY PEDRO DE FERIA

- 1953 *Tratado de las idolatrías, supersticiones dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentilicias de las razas aborígenes de México*, notas, comentarios y un estudio de Francisco del Paso y Troncoso, tomo X, México, Editorial Fuente Cultural.

SOUSTELLE, JACQUES

- 1992 *El universo de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México.

